

habeis murmurado contra mí, no entraréis en la tierra sobre la cual alcé mi mano para hacéros-la habitar; pero entrarán vuestros pequenuelos, de los cuales dijisteis que serian despojo de vuestros enemigos, para que vean ellos la tierra que os desagradó á vosotros. Vuestros hijos vaguearán en el desierto hasta que sean consumidos en él los cadáveres de sus padres; porque así como lo he dicho; así lo haré con toda esta multitud perversísima que se ha levantado contra mí. En esta soledad desfallecerá y morirá.

Moisés comunicó á los hijos de Israel todo lo que habia dicho el Señor, y cuando supieron que quedaban excluidos de la tierra prometida, en la que ellos mismos no habian querido entrar, tuvieron esta exclusion por un castigo insufrible. Lloraron mucho en extremo, pero el Señor lo habia jurado, y sus llantos no bastaron para que revocase la sentencia. En el mismo instante que lloraban sus desdichas, vieron con sus ojos llorosos la primera ejecucion de la sentencia. Los diez diputados que habian ido á explorar la tierra de promision y habian amotinado al pueblo, hablando mal de ella, fueron heridos por Dios y cayeron muertos delante de la multitud. Se podia esperar que despues de este golpe terrible se aplacaria algun tanto el enojo del Señor, y que la muerte natural acabaria lentamente con los sentenciados, pero no sucedió así, porque ellos mismos aceleraron en gran parte la ejecucion de la sentencia. Enfadados con la cobardía que les detuvo para entrar en la tierra prometida, cuando se lo ordenaba el Señor por boca de Moises, y excitados ahora por la temeridad, se empeñaron en entrar en ella sin ordenarlo el Señor y resistiéndolo Moises, y murieron al filo de las espadas de los Amalecitas y Cananeos un número tan crecido, que de un ejército compuesto de millares de combatientes tan valientes como temerarios, solo volvió una tropa de fugitivos estropeados. Un suceso tan terrible y que aceleraba tanto la muerte de los sentenciados, sobre

costar torrentes de sangre y lágrimas, llenó á todos de terror. Se tomaron algunos dias para descansar y repararse de tan infeliz combate, y despues de curados y sanos los heridos, se vieron precisados á volver, poseidos del dolor y desconsuelo, desde las orillas de la tierra prometida á internarse en el desierto, para que en el espacio de treinta y ocho años muriesen y se enterrasen en aquellas soledades mas de un millon de proscritos que se habian hecho indignos de entrar en la tierra prometida.

VUELTA Á LO INTERIOR DEL DESIERTO.

Seria difícil señalar puntualmente la situacion, las distancias y las duraciones de las diferentes mansiones que hicieron los hijos de Israel en aquellos ardientes arenales y vastos desiertos que atravesaron, cruzaron, y por decirlo así, araron en el espacio de treinta y ocho años. Lo cierto es que este largo y penoso movimiento de una multitud de delincuentes, que iban quedando sepultados en aquellas soledades, contiene pocos hechos, y estos referidos sin señalamiento de lugares, ni data de años, porque el historiador sagrado los cuenta, al parecer, con disgusto, por no conservar la memoria del mal porte de su pueblo, y los hubiera omitido todos de buena gana, si la gloria del Señor se lo hubiera permitido. Sin embargo, el primero que nos refiere despues de su separacion de los confines de la tierra prometida, manifesta su celo por la observancia de la ley, y si esta observancia hubiera sido mas general y mas constante, habria consolado mucho al conductor de Israel y al pueblo que conducia en los treinta y ocho años de su penoso destierro.

Castigo por trabajar en día de fiesta.

Estando en la soledad los hijos de Israel y habiendo hallado un hombre que recogía leña en día de sábado (de fiesta) le presentaron á Moisés y Aaron, y á toda la multitud, los cuales le encerraron en la cárcel, y no sabiendo lo que debían hacer de él, consultó Moisés al Señor, y el Señor le dijo: Muera de muerte ese hombre. Cúbrale de piedras todo el pueblo fuera del campamento. Y habiéndole sacado fuera, le cubrieron de piedras y murió como el Señor lo había mandado. Por este pasaje se ve que la ley de guardar el sábado estaba en su vigor en el desierto, aunque no se ofreciesen en él por falta de proporcion los sacrificios ordenados para este día. Dios había dicho en el Exodo: Guardad mi sábado, porque santo es para vosotros; el que le profanare, morirá de muerte. El que hiciere en él obra, perecerá su alma de en medio de su pueblo. Seis días haréis obra, mas el día sétimo sábado es, reposo consagrado al Señor. Todo el que hiciere obra en este día, morirá. Tal fué la pena que decretó allí el Señor, y la que mandó aquí poner en ejecución. Este suceso trágico, que fué una lección para los Israelitas, y una prueba de su celo por la observancia de la ley, debe serlo mucho mas para los cristianos que profesamos una religion mas espiritual, y por consiguiente, estamos obligados á dar un culto mas puro y cumplido á la Divinidad, particularmente en los días de fiesta, cesando en ellos de los trabajos del cuerpo y empleándoles en los ejercicios del alma.

Sedicion de Coré, Datan, Abiron y Hon.

Este celo que mostró el pueblo por el cumplimiento de la ley, despues de tantas prevaricaciones, consoló mucho á Moisés; pero le duró poco este consuelo, pues

apenas principiaba á disfrutarle, cuando se levantó contra él y su hermano Aaron la mas peligrosa y amenazadora tempestad de cuantas habían sufrido hasta entonces. El levita Coré, primo hermano de Moisés y Aaron, los dos hermanos Datan y Abiron de la familia de Ruben, primogénito de Jacob, y Hon descendiente tambien de Ruben, se levantaron contra Moisés, y habiendo seducido hasta doscientos y cincuenta hijos de Israel (todos cabezas de grandes familias y personas tan principales que eran llamadas expresamente á las juntas generales) hicieron frente á Moisés y Aaron y les dijeron: Básteos ya, porque de santos es toda la multitud y en ellos está el Señor. ¿Porqué os alzais sobre el pueblo del Señor? Que fué decirles: Este es un pueblo santificado por la presencia de Dios, que habita en medio de sus pabellones. ¿Quién os autoriza para mandar un pueblo como este? Dejad ese gobierno que habeis usurpado. Bastante habeis mandado hasta aquí. Ya es tiempo de que os retiréis y vivais como meros particulares. Dios había llamado á Moisés á que fuese á librar este pueblo de la cautividad de Egipto y tomase su gobierno para conducirlo á la tierra prometida á sus padres, y tambien había elegido á Aaron para que le acompañase y ayudase delante de Faraon y del pueblo, y á su tiempo fuese el sumo sacerdote entre todos los sacerdotes. La rebelion queria trastornar este órden establecido por Dios. Datan y Abiron intentaban derribar á Moisés de la autoridad y apropiársela á título de primogenitura que no tenían; y Coré queria despojar á Aaron del sumo pontificado, porque descendia tambien de la familia de Levi, aunque en inferior grado.

Moisés, al oír á los conjurados, se postró sobre su rostro para suplicar al Señor que le asistiese en tan peligroso lance, y oído benignamente del Señor, se levantó de su oracion lleno de valor y confianza. Mas ya no vió sino á Coré con sus doscientos y cincuenta compañeros. Datan y Abiron habían ido á sus cuarteles á procurarse

la rebeldía del mayor número posible de las gentes del pueblo, y Hon, según parece, no pudo sufrir la presencia de Moisés y Aaron, y horrorizado de su atentado, se retiró, porque no se vuelve á hablar de él. Moisés entonces se dirigió á Coré y á los que le rodeaban, y les dijo : Mañana hará patente el Señor quiénes son los que pertenecen á él, y aplicará á sí á los santos; y los que eligiere se acercarán á él. Haced, pues, esto. Tome cada uno su incensario; tú, Coré, y todos tus allegados; y tomando mañana fuego, poned timiama sobre él delante del Señor, y el que escogiere, ese será el santo.

Aceptado este género de desafío el mas terrible que podia darse, porque no se entendia con Moisés ni Aaron, sino con el mismo Dios, Moisés que conocia el horrendo peligro á que se exponian, siguió procurando que entrase Coré en razon con todos aquellos levitas que habia seducido y extraviado, y les dijo : Mucho os engreís, hijos de Leví; y encarándose á Coré, volvió á decir : Oíd, hijos de Leví. ¿Acaso os parece poco que el Dios de Israel os haya separado de todo el pueblo y acercado á sí mismo para que le sirviérais en el culto del tabernáculo, estuviérais delante del concurso del pueblo y ejerciérais su ministerio? ¿Qué? ¿ha hecho que tú, y tus hermanos los hijos de Leví, os acerqueis á él para que os apropiéis tambien el sacerdocio, y que toda tu tropa se subleve contra el Señor? Porque ¿quién es Aaron para que murmureis contra él? Fueron inútiles todas estas convenciones : Coré tenia tan bien asegurados á los que le seguian, que ninguno le desamparó á pesar del espantoso peligro que iban á correr.

No consiguiendo el celo y la caridad de Moisés fruto alguno con el obstinado Coré y sus secuaces, se dirigió á Datan y Abiron, por si podia separarlos de su intento y su peligro. Eligió hombres de ascendiente y prudencia y les envió á sus tiendas para que les convidasen á una conferencia, donde se oirían sus quejas y se procuraria satisfacerlas; pero acaso nunca hubo un convite reci-

do con mayor altanería, ni con mas burla y desprecio. No vamos, respondieron. ¿Le parece poco á Moisés habernos sacado de una tierra (el cautiverio de Egipto) que manaba leche y miel para hacernos morir en el desierto, si no sigue dominándonos? Por cierto que nos ha metido en una tierra que mana arroyos de leche y miel y nos ha dado posesiones de campos y de viñas. ¿Quiere tambien sacarnos los ojos? No vamos. Una respuesta tan soberbia, tan insultante y tan enormemente ingrata, una respuesta en que se quejaban de que Dios les hubiese sacado de la esclavitud, llamando tierra que les manaba leche y miel á la que fué para ellos un horno de hierro, según la expresion de la sagrada Escritura : una respuesta en fin, compuesta de la burla, de la irrisión, del mas completo desprecio de los portentos de Dios y de los trabajos que habian causado á su ministro, turbó por algunos instantes al hombre de la mansedumbre : sin embargo Moisés fué bastante dueño de sí mismo para no quejarse mas que á Dios, y dejando en sus divinas manos este negocio terrible, se volvió á ver con Coré y sus allegados y les intimó las últimas disposiciones para la prueba emplazada. Tú, Coré, dijo, y toda tu tropa presentáos mañana delante del Señor á una parte, y Aaron se presentará á la otra. Llevad cada uno vuestros incensarios, y poned incienso en ellos, ofreciendo al Señor doscientos y cincuenta incensarios, y que tenga tambien Aaron su incensario y verémos lo que hace el Señor. Moisés intentaba con este último aviso que al ver la cercanía del peligro entrasen en cuentas aquella noche y no se presentasen en la mañana siguiente, pero nada consiguió su caridad. Acompañado de su hermano Aaron fué por la mañana al atrio, y ya se encontró allí con Coré y sus doscientos y cincuenta conjurados. Estaba aquel lleno de una multitud de Israelitas que habian concurrido, unos por ver el suceso de este peligroso desafío, y otros ganados por los sediciosos para apoyar y fortificar su rebeldía.

Castigo de los sediciosos.

Principió esta lastimosa tragedia con aquel magnífico aparato que acostumbraba presentar el Señor á la vista de su pueblo cuando queria llamar su atencion hácia algun asunto grande. La opaca nube que cubria el tabernáculo, se manifestó de repente luminosa y centelleante, apareció la gloria del Señor, y hablando el Señor á Moisés y Aaron les dijo : Separáos de en medio de esa reunion para acabarlos en un momento ; mas aquí Moisés y Aaron estremecidos, cayeron postrados sobre sus rostros y dijeron : Fuertísimo Dios de los espíritus de toda carne, ¿acaso por el pecado de uno se ensañará vuestra ira contra todos? Y dijo el Señor á Moisés : Manda á todo el pueblo que se separe de las tiendas de Coré y de Datan y Abiron. Levantóse Moisés y saliendo del atrio se dirigió, seguido de los ancianos de Israel, al cuartel de la tribu de Ruben. Acercóse á los pabellones de Datan y Abiron, y dijo á la multitud que se habia agolpado en rededor de ellos por ver el paradero de tan ruidoso negocio. Apartáos de los pabellones de estos impíos, nada toqueis de cuanto les pertenece, no sea que os hagáis cómplices de sus delitos y participantes de sus castigos. La multitud tembló al oír esta amenaza, y ninguna precaucion les pareció suficiente. Huyeron á mas correr, y dejaron desocupado un grande espacio al rededor de las tiendas de Datan y Abiron, y estos, obstinados ya en su rebelion, salieron y se presentaron fieros á las puertas de sus pabellones con sus mujeres é hijos y con toda su tropa, resueltos á defenderse á todo trance, si se intentaba acometerlos ; pero no era de Moisés ni de los que le acompañaban de quienes se habian de defender, sino del mismo Dios, á quien habian declarado la guerra, intentando trastornar el gobierno que su sabiduría y bondad habia establecido.

Castigo de Datan y Abiron, sus familias y cómplices.

En esto conoceréis, dijo entonces Moisés al pueblo, que el Señor me envió para que hiciera todo lo que veis, y que no lo he sacado yo de mi propio corazon. Si estos hombres muriesen de la acostumbrada muerte de hombres, no me envió el Señor ; pero si hiziere el Señor una cosa nueva, de manera que abriendo la tierra su boca se los tragué con todo lo que á ellos pertenece y descendieren vivos al infierno, sabréis que han blasfemado contra el Señor. Apenas dejó de hablar Moisés cuando se cumplió su anuncio delante de todo el pueblo. Se abrió la tierra bajo de los piés de estos desdichados con un pavoroso estruendo, se ensancharon sus entrañas y los tragó á todos vivos. Hombres, mujeres, niños, muebles, tiendas, pabellones... todo quedó sepultado en sus abismos. Desaparecieron todos los sediciosos, y sus familias quedaron extinguidas para siempre sin volverse á contar jamás en el pueblo de Israel.

Mientras que tantos culpados, tan visiblemente heridos por la mano del Señor, bajaban á los abismos, llenando el aire de sus gritos, todo el pueblo huía desordenadamente, temiendo ser tambien engullido por la tierra. ¡Qué horror! Pero esto no era mas que el primer acto de esta sangrienta tragedia, que no acabaria de representarse sino con la muerte del último sedicioso.

Castigo de Coré y sus doscientos y cincuenta compañeros.

Volvió Moisés al atrio cuando aun no se habian acabado de cebar los doscientos y cincuenta incensarios que habian de servir para ejercer los profanos un ministerio sagrado, porque tenian que llenarlos de carbones encendidos y tomados del altar de los holocaustos, uno despues de otro, y poner el incienso sobre ellos. Aaron habia

permanecido en el atrio y estaba preparado con su incensario lleno de carbones encendidos é impuesto sobre ellos el incienso. Luego que Coré y todos sus secuaces hubieron concluido de preparar los suyos, se dirigieron al altar de los perfumes, pero hé aquí que un fuego vengador encendido por el soplo del Señor les sale al encuentro y en un momento reduce á carbones á los doscientos y cincuenta amotinados, tragándose la tierra á Coré, cabeza de este funesto motin. Ejecutado un tan espantoso castigo, dijo el Señor á Moisés : que mandase á Eleazar, hijo de Aaron, que tomara los incensarios que habian perdonados las llamas, y estaban esparcidos entre los cadáveres, que derramase el fuego que habia en ellos por unas y otras partes, que los redujese á planchas, y que las clavase á la frontada del altar de los holocaustos para que en lo sucesivo sirviesen de aviso y escarmiento á los hijos de Israel, y ninguno que no fuese de la familia de Aaron, tuviese la osadía de llegarse á ofrecer incienso al Señor. Tomó, pues, el sacerdote Eleazar los incensarios y los redujo á planchas que clavó en el altar, segun el mandato del Señor.

Otra sedicion.

Esto se hizo delante de todo el pueblo para su instruccion y ejemplo, pero el espíritu de frenesí se habia apoderado de los hijos de Israel, y lo que debia servirles de un escarmiento terrible, solo sirvió para provocar de nuevo la ira del Cielo. Desde la mañana siguiente á este espantoso día, señalado con tantos estragos y muertes, volvieron á empezar las sediciones, y apenas se habia vengado el Señor, cuando le obligaron, por decirlo así, á tomar otra vez las armas. Moisés y Aaron fueron, como tantas otras veces, los objetos del descontento público y de las murmuraciones. Los dos habian ido por la mañana al atrio á la hora del sacrificio, y Aaron revestido de

sus ornamentos pontificales se estaba disponiendo para ejercer las funciones de su pontificado, cuando de repente se extiende por el vestíbulo y vecindad del santuario una multitud atrevida y alborotada de parientes, amigos y aliados de los sediciosos. Se dejan oír á un tiempo mil voces que se repiten con furor. Vosotros, gritaban, vosotros, Moisés y Aaron, vosotros sois los verdaderos verdugos de vuestros hermanos. Vosotros haceis perecer al pueblo de Dios. Vosotros le vais destruyendo, y no cesaréis hasta que veais muerto á vuestros piés al último descendiente de Jacob. Crece entonces el tumulto, y el contagio se extiende con rapidez por todas partes. Los murmullos sordos y confusos se aumentan y se convierten en clamores y gritos ; y de cierto número de particulares resulta una conmocion general y una sedicion de todo el pueblo. En tal estado no quedó á Moisés y Aaron otro remedio que una pronta huida al tabernáculo de la alianza á ponerse bajo de la proteccion del Señor.

Su castigo.

Apenas entraron en él, la nube le cubrió y la majestad del Señor se dejó ver irritada. Entonces Moisés y Aaron, conociendo que el Señor iba á vengarse, no perdonaron súplicas ni lágrimas para ablandar su enojo. Pero el Señor no se dejó suavizar, y advirtió á los suplicantes que no se presentasen en medio de la multitud para no perecer con ella, porque iba á exterminarla. No se entibió por esto el fervor de los mediadores, y seguian suplicando postrados delante del Señor ; mas advertido Moisés por una inspiracion divina de lo que pasaba en redor del tabernáculo y sus cercanías : ¡ Ay hermano mio ! exclamó ; levántate al momento, toma tu incensario, llénale de asevas del altar, pon sobre ellas incienso y corre al pueblo, arrójate entre las llamas, y ruega á Dios por él. La ira ha salido del Señor y la mortandad se en-

cruelece. Corre Aaron en hábito pontifical y con el incensario en la mano se precipita en medio de la multitud, á quien rodean furiosas llamas y abrasa horroroso fuego, se para entre los vivos y los muertos, ofrece el incienso santo, invoca los poderosos nombres de Abraham, Isaac y Jacob, ruega á Dios y Dios le oye. El fuego cesa, pero es despues de haber abrasado á catorce mil y setecientos rebeldes que habian quedado de la primera sedicion. Terrible fué la severidad del Señor, pero logró su efecto, y contuvo á los murmuradores por mas de treinta y siete años en su deber, despues de haber pasado cerca de tres en continuas murmuraciones y alborotos.

Florece la vara de Aaron.

Aaron se fué á juntar con su hermano á la puerta del tabernáculo luego que cesó la muerte de hacer estragos; y despues de haber hecho ver el Señor con tantos y tan terribles castigos que Aaron y su familia eran los escogidos para servir en todo tiempo en su santuario, y que ninguno tomaria el incensario impunemente, quiso dar otra prueba y dejarla testimoniada en el arca santa. Mandó, pues, á Moisés: que tomase doce varas de mano de los doce príncipes de las tribus, y que escribiese en cada una el nombre de su príncipe: que la tribu de Leví presentase tambien su vara y que escribiese en ella el nombre de Aaron: que pusiese estas varas en el tabernáculo de la alianza delante del arca del testimonio, y dijo: que una sola floreceria, y que seria la de aquel que escogiese el Señor. Moisés hizo saber á los hijos de Israel lo que mandaba y decia el Señor, y cada uno de los príncipes presentó su vara en representacion de su tribu. Moisés escribió en cada una el nombre del príncipe que la presentaba y á su vista. Tambien escribió el de Aaron en la vara de la tribu de Leví y á su presencia. Todas las varas fueron puestas por Moisés, en el lugar

santísimo, delante del arca de la alianza, quedando allí por toda la noche; y para que no pudiese haber sorpresa, y asegurar de todos modos el suceso, se puso una guardia numerosa y vigilante en rededor de todo el santuario hasta por la mañana que entró Moisés en el lugar santísimo, y halló que solo la vara de la tribu de Leví, sobre la que estaba grabado el nombre de Aaron, habia florecido; que estaba verde y vestida de hojas; y que tenia yemas, botones, flores y tambien almendras. Moisés, pues, sacó todas las varas de la presencia del Señor, y las presentó á los príncipes de Israel, que las recibieron con veneracion por haber estado en el lugar santísimo, y no se satisfacian de mirar la de Aaron y contemplar en ella los prodigios del Señor. Cada uno de los príncipes llevó su vara; pero la de Aaron mandó el Señor á Moisés que la volviese al tabernáculo del testimonio y depositase en el arca de la alianza para que en todo tiempo fuese un testigo incontestable de la eleccion de Aaron y su descendencia para el sacerdocio. San Ambrosio fué de sentir que esta vara se conservó en su verdor y con sus flores y frutos todo el tiempo que estuvo dentro del arca, que fué de muchos años.

Enmienda de los Israelitas y vuelta á las cercanías de la tierra prometida despues de treinta y ocho años.

Despues de la terrible conjuracion de Coré y Abiron, y de los espantosos castigos que descargó el Señor sobre estos conjurados y todos sus cómplices, los hijos de Israel se enmendaron, y si hemos de hacer juicio por el silencio de los Libros santos, su enmienda fué duradera porque nada nos vuelven á decir de conjuraciones ni murmuraciones en mas de treinta y siete años que gastaron viajando por aquellas soledades y sepultando en ellas casi todos los que habian despreciado la tierra prometida; y no las habrian llamado, como no callaron las

que habian sucedido hasta aquí las que vamos luego á referir. Por fin el tiempo corria, el decreto del Señor que condenó á los despreciadores de la tierra prometida á no entrar en ella, se iba cumpliendo con celeridad, el momento de poseerla se acercaba, y el primer mes del año de cuarenta de haber salido los Israelitas del cautiverio y entrado en el desierto, se hallaron en la misma soledad de Cades, de donde habian salido los exploradores de la tierra prometida, y adonde habian vuelto, diciendo que era inconstable.

Muerte de María.

En esta soledad murió de edad de ciento y treinta años María, hermana de Moisés y Aaron, y fué enterrada con la distincion que correspondia á una hermana del libertador de Israel y del sumo sacerdote del pueblo de Dios. ¡Mujer ilustre por su familia, y mas ilustre por la parte que tuvo en la libertad de su pueblo y los vivos colores con que representó hasta en el nombre á la Madre del Salvador! En la edad de diez años tuvo la dicha de cuidar del paradero y conservacion del niño mas interesante que tenia la nacion hebrea, de aquel hermoso y perseguido Moisés que á los tres meses de haber nacido huía ya de Faraon por las corrientes del Nilo, embarcando en una nave de juncos, y tambien la felicidad de volverle á los brazos de su inconsolable madre para que criase á sus pechos este libertador de su pueblo. María sufrió la esclavitud en medio de su nacion, participó muy particularmente de los trabajos de sus hermanos, y cantó con ellos, despues del paso del mar Rojo, las glorias del Señor, puesta á la cabeza de todas las hijas de Israel. María fué una profetisa á quien favorecia el Señor algunas veces con sus comunicaciones, y si, viviendo en un pueblo murmurador, se dejó llevar una vez de su mal ejemplo, pagó cumplidamente con la

mayor humildad esta sorpresa. María fué una virgen de ciento y treinta años en unos tiempos en que la falta de sucesion se miraba como un oprobio; fué la primera que profesó el estado de virginidad. Y en fin, María tuvo la dicha de morir con la muerte de los justos entre los brazos de sus santos hermanos.

Nuevas murmuraciones.

Mas por sensible que fuese á Moisés y Aaron la falta de una hermana tan querida, y tambien á todo el pueblo, particularmente á las hijas de Israel, no fué este el acontecimiento mas triste y penoso que pasó en el campamento de Cades. No habia en él agua, y luego renovaron los hijos de Israel las murmuraciones del campamento de Rafidim. Se juntaron los mas acalorados tumultuosamente al rededor de Moisés y Aaron, se sublevaron contra ellos y les fué preciso oír sus injustas y destempladas quejas. ¿Porqué, le decian, nos hicisteis subir de Egipto y nos habeis traído á este lugar pésimo que no se puede sembrar, que ni cria higos, ni viñas, ni granadas; y á mas de esto no tiene agua para beber? Estas quejas eran irritantes y afflictivas, pero lo que mas irritaba al Señor y affigia á sus ministros era, que un pueblo que en todas sus necesidades conseguia el remedio con milagros, faltase siempre á la confianza. Moisés y Aaron saliendo de entre la multitud se entraron en el tabernáculo de la alianza, y postrados rostro por tierra, suplicaron al Señor diciendo: Señor, oye el clamor de este pueblo y ábreles tu tesoro, una fuente de agua viva para que saciados cese su murmuracion. Luego apareció la gloria del Señor sobre Moisés y Aaron, y dijo el Señor á Moisés: Toma la vara y congrega al pueblo; tú, y Aaron tu hermano, habla á la piedra delante de ellos, y ella dará aguas. Tomó, pues, Moisés la vara con que habia obrado tantos prodigios y que tenia al lado del

arca del Señor, y congregada la multitud delante de la piedra le dijo : Oid, rebeldes é incrédulos : ¿podrémos acaso hacer salir agua de esta piedra para vosotros? Y alzando entonces Moises su mano, hirió dos veces con la vara el pedernal y salieron aguas abundantísimas, de las que bebió todo el pueblo y todos sus ganados.

Moises y Aaron son excluidos de entrar en la tierra de promision.

Con esto quedaron satisfechas las quejas de aquel pueblo ingrato ; pero no así la que formó el Señor contra Moises y Aaron. Ellos en esta ocasion no parece que procedieron con aquella confianza que otras veces. El Señor les mandó solamente que hablaran á la piedra, y ellos pasaron á herirla con la vara como habian hecho en Horeb. No queria tanto el Señor, y se negó á dar agua al primer golpe. La hirieron segunda vez, y el Señor dió agua, pero agua con la que manó el castigo de su desconfianza. Por cuanto no me habeis creído, les dijo el Señor, para santificarme (glorificarme) delante de los hijos de Israel, no los intrduciréis vosotros en la tierra que les daré. ¡Golpe terrible! Moises se hallaba en la edad de casi ciento y veinte años, y Aaron tenia tres mas. Desde que fueron llamados por el Señor para libertar á Israel y llevarle á la tierra prometida, se consolaban en sus trabajos con la esperanza de poseer algun dia esta tierra amable. Á duras penas y en medio de mil contradicciones, con paciencia y trabajos increíbles, habian finalmente vencido la dureza de Faraon, la indocilidad de Israel, y aun la indignacion del Señor. Se miraban ya en el término y la vispera de entrar con su pueblo en la tierra prometida, y se ven ahora de repente excluidos de su posesion por una falta, en que pudo tener mas parte la inadvertencia que la voluntad. ¡Qué sentimiento para estas dos cabezas del pueblo del Se-

ñor! ¡Qué motivo para adorar y temer los altos juicios de Dios! Así lo hicieron los dos hermanos. Penetrados de la mas profunda veneracion á las disposiciones del Cielo, abrazaron humildemente sus determinaciones, y continuaron cumpliendo sus ministerios con el mismo celo que habian manifestado hasta este desgraciado suceso.

Muerte de Aaron.

Después de haber estado los hijos de Israel mas de tres meses en la mansion de Cades, levantaron el campo y pasaron á Mosera al pié del monte Hor, adonde llegaron el cuarto mes del año cuarenta de la salida de Egipto. Estando en esta mansion llamó Dios á Moises el primer dia del quinto mes para intimarle la ejecucion de una órden profundamente sensible para su fraternal corazon. Toma á Aaron, le dijo, y á su hijo con él, y condúcelos al monte Hor, y despues de desnudar al padre de sus vestiduras, se las vestirás á Eleazar su hijo. Aaron, añadió el Señor, será recogido y morirá allí. Moises, ahogando su natural sentimiento, hizo como mandaba el Señor, y á vista de toda la multitud de los hijos de Israel, subió al monte Hor llevando consigo á Aaron y su hijo Eleazar; y allí con sus propias manos tomó la tiara de la cabeza de Aaron, y le desnudó del ephod, del racional y de la túnica pontifical, y revistió de todo esto á su hijo Eleazar. En todo este tiempo Aaron, sin debilidad, sin flaqueza, sin enfermedad, y sin otros antecedentes ni señales de su muerte que la palabra del Señor, esperó en paz y tranquilidad el último momento, y apenas se concluyó la imponente ceremonia, espiró entre los brazos de su hermano y de su hijo, y fué recogido como habia dicho el Señor y reunido á sus padres en el seno del gran patriarca Abraham su quinto abuelo.

Así murió el primer sumo sacerdote de la nacion santa, despues de mas de treinta y ocho años de un sacerdocio